



1. AGOSTO. YA ESTAMOS AQUÍ.

J. Francisco Fabián

Venimos en agosto los hijos pródigos de Béjar y comarca a poner distancia de los once meses restantes del año en otros sitios. Veraneantes de libro que regresan a las raíces donde espera la familia y el sitio; tiempo de descanso y de nostalgia, que, con un poco

de suerte, se puede prolongar hasta el día de la Virgen, desde donde ya va a ser otro ejercicio personal para los once meses siguientes.

A llegar, este año no veo en Béjar mucha gente en el ir venir de otras veces para ser agosto. Quiero pensar que puede que sean ese tipo de juicios comparativos que uno hace con un año de por medio y que no siempre son acertados, cosas -quizá- de la memoria y hasta de la edad. Pero me lo confirma Miguel Paso, sentado en frente de mi en su restaurante de La Cerrallana, todavía con los ojos cansados de las pasadas noches mágicas del blues en el Castañar. Por cierto, nunca le agradeceremos lo bastante a Miguel P. sus desvelos musicales (todos) desde hace (¡ya!) tanto tiempo. Alguien deberá relatarlo en un libro, que además sería un homenaje merecido y necesario para la Historia y para recuerdo de todos y porque es de bien nacidos ser agradecidos con Miguel. Decía que no parece que haya mucha gente por Béjar. No, pero habrá que esperar a la definitiva semana del 15, en la que vienen a comprar de sus pueblos todos los emigrados e hijos de Madrid, Cataluña y las Vascongadas. (Iba a escribir Euzkadi, pero he dicho Vascongadas. No lo voy a borrar. ¿Qué me pasará? Últimamente estoy por abandonar algunas modas que me han saturado y, como se dice ahora, me han terminado por petar). El correr de la vida, del tiempo y de las cosas han hecho que los emigrantes primigenios que se fueron a esos sitios en los años 60 y 70 ya sean abuelos, jubilados usando las modernidades en todo lo que se pueda y se sepa, desde las aplicaciones de móvil al *luk* general. Ahora vienen con los nietos, jovencitos peinados a lo futbolista y tatuados, y con sus hijos, que con sus mujeres correspondientes, han terminado por coger unos kilos, símbolo de que no pasan hambre ni sed, además de las cosas de los metabolismos cambiantes con la edad. Y ellos, abuelos y sus hijos maduritos, todos vestidos muy fresquitos, en camiseta y pantalón corto a la última y el bolso en bandolera cruzada e incluso algunos, que ya se tatuaron un Amor de Madre juvenil, se han atrevido con un tatuaje más moderno y hasta con un pendiente. Se los ve comprando en el Mercadona y el DIA, con un cierto estrés, llenando carros y acompañados de toda la familia. *¡Aquí estamos todos!*, parecen decir frente a las estanterías del Mercadona. Sacan un rato para visitar por la mañana a sus ancianos en las residencias de la ciudad, para irse luego a comer una paella a la casa familiar que han arreglado a medias con unos cuñados y que probablemente

terminará mal con las cuñadas peleadas. En estas, los bejaranos a tiempo completo se regocijan con la agitación puntual y dejan de estar pendientes a diario de las esquelas para ver quién se ha ido, descontando cada vez dos o tres más de los que quedaban. Mucho se va notando.

De paseo una mañana por la calle Mayor, insisto, me parece ver menos gente de la que veía otros años. Me preocupa esto y me preocupa la calle Mayor (esto desde hace mucho), pero voy a seguir observando por si son cosas mías y hasta, quizá, de la edad o del natural pesimismo que transmite la vieja villa. Lo observaré con detenimiento por si me estoy equivocando, pero, como dicen en Valdesangil: me da que no. Y si es que no, algo pasa. Algo más y ya sería mucho, demasiado.